

De entonces acá, la ciencia de las enfermedades de la inteligencia, de la memoria, de la voluntad, de la sensibilidad, del cerebro, en suma, se ha constituido y ha caminado muy aprisa. Aquí permanecemos en nuestro *ars curandi* tradicional. Pudiera decirse con Renan que vivimos de los perfumes de un vaso vacío; pero quien se consagra á la ciencia y quiere imitar el modelo hipocrático, viene obligado á llenar por sí mismo los pebeteros y á transformar su cerebro en mirra.

¡Castigar, atormentar al loco! Pero ¿quién es capaz de declararse cuerdo, si desde el genio hasta la locura media sólo una vuelta de la clavija de Clavileño? Ferri, Lombroso, Garófalo han demostrado que no solamente la locura, sino el delito, son formas de anormalidad patológica. Muchos siglos antes, Cicerón en las Tusculanas planeaba la patología de las pasiones cimentadas ahora por Maudsley, Ribot y Mantegazza. Estudiemos. Tras el saber, ¡cuántas cosas se nos darán por añadidura! Y profesando ese escepticismo activo y racional de que nos habla Goethe, esperemos que la muerte de ese vesánico, convertida en enseñanza clara, pueda en los cerebros equilibrados apellidarse resurrección.

\* \*

Padecemos sed: he aquí todo; sed de lluvia ó riego, como esas yugadas que blanquean su árida desnudez bajo las descarnadas antenas del saltón amarillo; sed de cultura, cual esa desdichada ninfomaniaca que desnuda á su amante la ropa talar para sepultar en su seno la navaja de muelles; sed de bienestar y justicia, como esos mineros que rugen su agonía titánica bajo las

desplomadas moles de piedra y hierro; sed de amor, como ese niño que, mordido por un can hidrófobo, se suicida por temor á recibir la muerte de manos de sus progenitores, después de clamar una y cien veces, todos los días, con la venda del llanto en los ojos y la argolla del miedo en la garganta: — «¡No me mates si rabio, mamita! ¿Verdad que no me matarás?»

Un ardor satánico nos devora. Como el falso dantesco, nuestra alma sitibunda *un gocciol d'acqua brama*. Pedimos con desgarradores lamentos un hilo argénteo del caudal del Arno; una gota de amor, de justicia, de misericordia. Abrasados en el ansia misma de vivir, cegamos en nosotros la comprensión del por qué vivimos, idea que llamaba el gran Antonino fuente que nunca se debilita y manantial que jamás se agota.

\* \*

Medio hundida al peso de las nupcias de la incuria y el tiempo, he visto la tapia del huerto monacal. A mi espalda se alzaba el caserío vetusto, albergue de hediondez, y más allá, bajada la escueta pendiente, serpeaban los barrancos cubiertos de arena. En aquel líbico desierto sólo aparecían dos manchas verdeguantes: una la señalaba el jardín del balneario; otra se mecía sobre los dismantelados bardales del huerto monjil. Fuera de allí el agua estaba proscrita. La industria de apropiarse los manantiales con carácter legal y la de regenerar y salvar los espíritus monopolizaban toda fecundidad y toda frescura. Golpeó suavemente la puerta mi guía: sonaron rumores de pasos tras la desclavijada armazón, abrióse cantando el agudo hemistiquio del gozne,

y apareció ante nosotros un hombre cubierto de un balandrán.

Su porte era donairoso, sin afeminamiento; su habla fácil, sin garrulería. Su mirada era escudriñadora y franca. Esopo la hubiera encontrado en el secretario de sus asambleas zoológicas. Acogiónos afable y lamentó el extravío de la llave del palacio contiguo al convento. Era una lástima. Deseábamos ver las figuras que tanto horrorizaron á las madres cuando se trató de erigir el panteón de la casa de A. Ahora iba de veras; el panteón se hacía con el donativo de persona piadosa. Pero no se podía entrar en el palacio por varias razones: la primera porque se había perdido la llave. No preguntamos la segunda.

Pero no desistimos de contemplar el huerto privilegiado, en donde el agua henchía los atanores y las ondas de los estanques columpiaban los pétalos de la flor del granado como diminutos bergantines encendidos. Llegamos al dintel; el buen señor nos cedió el paso; pero mi compañero le contestó humildemente:

—*Primus Sacerdos.*

Amplio el huerto cercado, con más de cinco ó seis hanegadas, le limitaban al Mediodía los muros del templo conventual. Sobre los firmes contrafuertes de sillería del enorme edificio, cuyo imafrente es copia de otro de la corte de los Felipes, ceñían á manera de astragalos sus cordones trepantes las hiedras; y en torno de los salientes canecillos, en que enclavaron sus colmenas, volteaban las abejas como las chispas en la girándula.

Una sensación de inmensa tristeza, de irremisible y total abandono, nos produjo aquel huerto seco, inculto, poblado de plantas parasitarias, mi-

nado de alimañas, endurecido y osificado por la pereza ó el desdén. La última claridad de la tarde, la vecindad de la austera mole sombría, la suciedad de los estanques y plantíos, aquel desmayo de la vegetación chamuscada á la fiera solana, todo suscitaba el sobrecogimiento de las cosas manchadas de verdín ó de los animales cubiertos de escamas; la frialdad que sólo se siente en las necrópolis olvidadas ó en los despedazados coliseos.

Aquello era inaudito. Los monopolizadores del agua, los que dejaban morir á un pueblo entero de sed, dejaban aquella perderse por conductos manidos, mientras los frutales arrollaban sus hojas mustias y los rosales retorcían sus ramas secas.

—Aquí—nos dijo el del balandrán, presintiendo nuestra sorpresa—sería preciso mucho dinero para poner la tierra en condiciones. *El agua la ha esquilnado. No tiene la tierra mayor enemigo.* Además, sin cultivo, ¿el agua de qué sirve? Lo mejor será dedicar el terreno á pastos, ó traer tierra nueva.

El sol declinaba; se extendía la sombra del murallón, encima del cual parecía doblar el toque del Ave María. Por cima del bardal se veían en las alturas las tierras en barbecho, sin rastro de planta ni señal de azadón ó laya. Tal la perspectiva de un satélite muerto.

Es verdad. ¿De qué sirve el agua sin cultivo? ¿De qué apagar la sed sin sanear las corrompidas entrañas? Hay que dejar el agua correr por los cauces y por las almas, por los campos y los entendimientos. Es preciso sangrar los ríos de agua

y de ciencia y de oro, cubrir los sembradíos y los intelectos, las hondonadas y las voluntades de acequias. Pero antes, entendámoslo bien, hay que dar muchos golpes de azada y de pico. Tuvo razón el del balandrán: hay que hacer una tierra nueva.

\*  
\* \*

Mirábamos el inmenso bloque de piedra, la gigantesca base de granito sobre la cual ha de alzarse la catedral. En toda la enorme extensión que han de cubrir las naves se apretaban los muros ciclópeos, formados de sólidos prismas, recia- mente ligados por la argamasa. Mi amigo permanecía pensativo, ensimismado en no sé qué misteriosas lucubraciones, mientras yo contemplaba el arranque de los contrafuertes, capaces de sustentar el paso de las mismas pirámides. Era un potente alarde de energía, de riqueza, acaso de religiosidad.

No bien hube formulado tal pensamiento, cuando, como movido por un resorte, mi acompañante alzó la cabeza y con enojo verdadero dijo estas ó parecidas palabras:

—¡Esa catedral es un disparate solemne; es una equivocación artística y social; es un verdadero ex abrupto!

De tal manera me sorprendió tal afirmación, que no pude menos de suplicarle que explicase claramente su modo de ver.

—En todos los tiempos—dijo con sincera convicción mi amigo—se ha rendido á la Divinidad el holocausto del saber. Sin él, el tributo es pobre y mezquino. No basta doblar la rodilla; es preciso al ser religioso ofrecer lo que en él hay más alto y más noble: el sentir y el pensar.

Así, todos los pueblos, al edificar sus altares, han pedido su inspiración, no á la rutina, no á la imitación servil y mecánica, sino á su facultad imaginativa y á su nueva potencia creadora. Si labraron los hipogeos, fué porque su civilización se llamaba martillo. Fué preciso que el arte se elevara á las más altas cumbres para que en las excelcitudes del Partenón se alzara el pedestal de Venus afrodita.

Cuando la necesidad de ensanchar las naves obliga á los fieles á dar mayor espacio á los sitios en que han de congregarse, aparece en Oriente la ojiva y en Occidente el arco rotundo. En sus claves y en sus columnas imprime cada pueblo el sello de su raza. Toda la civilización árabe está en la mezquita: allí se administra justicia, porque allí está la ley; allí la sensualidad musulmana aparece y se esculpe con las lucubraciones de los poetas. La industria presta sus adelantos y la ciencia sus cábalas á la grandiosidad de esos bosques de marmóreas columnas, sobre las cuales los alicatados cantan las excelencias, no sólo de la Divinidad, sino del pueblo libre y conquistador.

Viene después la Reconquista, y en todo su proceso, al desenvolverse la matemática, desecha la Arquitectura por inútil todo lo que no contribuye á la solidez. La razón entonces se llama piedra y el arte gótico es su expresión más solemne. Truécanse los muros en nervios firmísimos que se quiebran donde las fuerzas lo solicitan. Los mismos adornos son contrapesos y resistencias. Así se llega á la diafanidad absoluta. Al servicio de Dios nace el corte de piedras, y el estudio de la Naturaleza se traduce en animales y formas y cristalizaciones é ideas. La misma Reforma esculpió

está en los sillares de los góticos templos con signos masónicos.

Pero ahora... ¿por dónde es eso la Arquitectura y la ciencia moderna? ¿Por dónde? Gracias á los nuevos elementos de construcción, lo que antes era racional es hoy nada menos que absurdo; lo que era necesario nos parece hoy contraproducente. Construir una catedral toda de piedra es como hacer un templo subterráneo en la roca viva á fuerza de cincel y de pico. Al lado de los modernos puentes, de los mercados, de los coliseos, de las naves transparentes y regias de las Exposiciones universales, parecerá amazotada y mezquina, pesada y torpe, con sus naves oscuras, que rememoran la superstición, la necesidad de ocultarse á los ojos de los perseguidores, con sus horrendos é inútiles murallones que aplastarán necesariamente el espíritu con su tenebrosidad de cárcel de muchedumbre esclava.

Ved. Ahora mismo ha habido que modificar el seguro desplome hacia la desigualdad del terreno con firmes murallas. Y cuando se alce esa espantosa montaña de piedra, ¿quién asegura que no vendrá abajo el producto de tanto oro y tantos esfuerzos? ¿Para qué tanto peso inútil arriba? Acaso por el gusto de rendir culto á la vieja rutina, por no romper moldes, por hacer lo que otros hicieron y no tomarse el trabajo penoso de discurrir por cuenta propia.

¿Se quiere ofrecer en tributo lo que constituye el progreso del alma moderna? Hagamos un templo moderno, esbelto, ligero, sólido sin pesadumbre, arrogante sin vano esfuerzo, difuso sin lobreque. Hagamos un edificio donde la ciencia esculpa sus últimos aforismos, donde el arte flamee con sus postreras irisaciones, donde la riqueza no se

llame estúpido orgullo y la magnificencia rinda culto á la forma. Un templo donde entre la luz y donde, por la noche, al esplendor de mil focos eléctricos, surja todo lo nuevo, todo lo joven como un torrente de savia nueva, que vigorice lo que ha de perdurar hasta el fin de los siglos...

He escuchado atentamente á mi amigo y he respetado su entusiasmo; pero no he podido menos de contradecirle; acostumbro á entrar más en el santuario de la verdad que en el Pórtico.

—Un templo nuevo. Pero ¿tú sabes lo que pides? ¡Un templo en que penetre la luz y la ciencia esculpa sus leyes! Pero ese templo se derrumbará mucho antes que aquel cuya ruina previenes, una vez que sobre él abatan su sueño de granito cien cumbres de piedra. ¿Qué sería de la luz de las lámparas ante el esplendor de los rayos del sol? ¿Qué del aroma del incensario al lado de las penetrantes fragancias de nuestra madre la tierra en celo? ¿Qué de las imágenes pintadas de almagro ante la espléndida paleta del cielo y de los campos? Habría que inventar otros rezos que apagaran el grito de júbilo de la sed de vivir; otros acordes en los órganos que mitigarán los cantos varoniles de toda una humanidad que resucita. ¡Luz, verdad, belleza palpitante! Todo eso lo buscan los hombres fuera. Los templos hoy son mucho más grandes. Para vivir, las viejas creencias tienen que ocultarse en murallas. ¿Que se caen por su propio peso? Y ¿qué le hemos de hacer?

Mi amigo me ha mirado un instante, ha estrechado después mi mano y ha pronunciado estas palabras llenas de convicción:

—Es verdad. Cada tiempo tiene sus ideales y los muertos no resucitan. Si esos muros pueden ó no sustentar todo el peso que sobre ellos quie-

ren echar las sierras y los siglos; ya lo veremos todos cuando se acabe al fin esa obra magna... que no se acabará.

\* \* \*

¿Quién no recuerda al doctor alemán? Sabio, nos sobrecoge; mancebo, nos deslumbra. Trueca, en sublime metamorfosis, la experiencia por la juventud y el deleite. El amor sobrevive, pero la ciencia queda. Y los dos ideales, contrapuestos en apariencia, sólo á primera vista irreductibles, se conciertan en el anhelo perdurable de la belleza clásica y en el *Eterno femenino*, síntesis de la sensibilidad que razona y de la inefable razón que palpita.

El ideal es eso: la eterna verdad siempre nueva, la caducidad siempre joven; algo que no parece agotado ni muerto sino cuando se ve de través. Pero él vive, late y se transforma sobre las cenizas de sus devotos. Le acompaña, como á Fausto, el diablo moderno; la risa amarga. Pero cuando parece ser arrastrado por él y abandonarnos, resurge. Feliz quien una vez escuchó de sus labios: ¿Quieres, oh joven, que te acompañe al templo?

\* \* \*

Renegar... ¿de qué? El vil apóstata, el necio, reniega; el sabio sintetiza y adivina el mismo ideal bajo sus disfraces proteicos. Niños, nuestra madre nos besó en la mejilla; jóvenes, una mujer abrasó en pasión nuestros labios; hombres, posan sobre nuestra frente los niños su boca encendida. Y quedan los amores, aunque pasen los besos. Y toda idealidad es un ósculo que se graba en nues-

tro cerebro, una chispa de ese fuego absoluto á que todos llevamos un haz para alumbrar á las generaciones que vienen.

¿Será verdad que nos hacemos frios, que vamos renegando de aquellos fanatismos, que, colocados frente á frente, encendieron la luz, como los hemisferios de Magdeburgo? El amor á la tradición, á la fe en lo divino, á la clarividencia en lo que Hugo llamaba *la gran sombra*, nunca puede morir. Ella tiene sus apóstoles y sus mártires. ¿No es verdad, adorable silueta, coronada de bucles argénteos, que recogiste con mano temblorosa el escapulario ensangrentado del pecho del padre de mi padre? La pasión por la Libertad, por la emancipación de los hombres de carne, por la evolución, que ha de realizarse y se realiza, cuenta también sus perseguidos y sus ascetas. ¿No es cierto, sombra augusta, que con mano piadosa y febril restañaste la sangre de mi progenitor en las barricadas?

Morir por la fe, sucumbir por la Libertad ó por la tiranía, es lo mismo. Se puede morir por el error, cuando no lo es para nosotros, cuando presenta un aspecto, una faceta espléndida de la verdad. Sacrificarse por la verdad entera... ese es el don de los elegidos, de aquellos que escuchan en todo silencio el compás del eterno ritmo y en toda discordancia la cadente armonía y el supremo compás de lo que nunca muere.

Desdichado quien no se descubre ante el sepulcro en que duerme un soldado de la verdad, que nada espera. Desplomarse al pie humeante de la trinchera, cubierto por una ú otra enseña, ¿qué importa? Cuando se muere por algo grande, es himno la metralla, pedestal el barró y nimbo la humareda.

No. La juventud no reniega de la bandera liberal, ni puede renegar de otra alguna. En las manos de un héroe, cada trapo es un símbolo, en cuyos pliegues duerme un progreso. No reniega de aquella civilización oriental que alumbró las conciencias con la sensación primordial de todas las verdades. No puede renegar de las glorias helénicas que aun ciegan á los hombres con polvo de sus alas; es latina, y nada latino á sí juzga ajeno; es germana, y en su sangre conserva el hervor de una raza caballeresca y viril. Discípula del hijo del hombre, lleva en su pecho la sensación de una cruz de fuego; engendrada por bereberes, aun siente en sus oídos el eco de las guzlas y en los ojos el brillo policromo de los alcázares mudéjares. La Reforma ha vibrado en sus nervios y, ardiendo con Servet, siente el escalofrío de Torquemada. Pero no es ni oriental, ni griega, ni latina, ni bereber, ni scita. Después de tanto beso sangriento, aun tiene otro que dar. El que la síntesis moderna pide con labios entreabiertos. Porque todo es y será de su tiempo, y hay siempre en cada instante la alta creación de una idea, de una filosofía, de un fanatismo, que nunca es el mismo, que jamás se repite, y por el cual es, no ya sólo lícito, sino necesario morir.

Y así el siervo obediente, manso como la oveja que sufre el esquila, presenta el torso flagelado y desnudo al enemigo de su zar, y cierra los ojos en un espasmo de agónica dicha sin ver al granadero que se derrumba gozoso, envuelto en la tricomía de la bandera republicana. No pudiendo mirarlo todo, saberlo todo, es dichoso quien combate y muere por algo que destella. No sabiendo mirar al sol cara á cara, aun podemos embelesarnos en el rayo que se quiebra en las cimás ó

en el que las hojas del roble subraya con firmes líneas de oro el epitalamio y la majestad de los nidos.

Bajo la boina hirvió un hondo fervor de grandeza, un ansia eterna de lo absoluto, como bajo el calumniado morrión evolucionaron los gérmenes fecundos de la ciudadanía universal. Lamentemos las luchas pasadas, las glorias perdidas, los ideales estrechos que ya pasaron para más no volver. ¡Pero renegar de lo que fué el camino, la verdad y la vida! No. Lo hecho bien hecho está. Paz á los que descansan y paso á los que vienen.

Busquemos á los niños; alcémosles hasta nuestras rodillas temblorosas, miremos en sus luminosas pupilas, hondo, muy hondo, y veamos si en ellas puede retratarse algún día la burla ó el desprecio á nuestra noble y penosa labor. Otra madre besó sus mejillas, otra mujer encenderá el amor en sus labios; otras idealidades depositarán el ósculo de la lucha y del sacrificio en su frente. Pero renegar... ¿Qué han de renegar de nosotros? ¿Verdad que no renegaréis, chiquitines?

\* \*

Belleza analizada es belleza perdida. El Arte es el misterio; no rasguemos sus nieblas si queremos que permanezca en nuestra copa una gota del bálsamo que hizo á Salomón venturoso é inmortal á la reina de Saba.

\* \*

He ido á ver á mi amigo Pablito. Tiene ocho años. ¿Comprendéis? Un amigo de ocho años es siempre un amigo sincero que no desimula nues-

tras faltas, ni nos adula, ni nos explota, ni nos hace traición. Eso sí, á lo mejor nos olvida. Pero ¿es que el olvido es patrimonio de los pequeños?

Ha salido corriendo al recibidor y ha palmeado de gusto al verme. ¿Por qué? ¡Vaya usted á saberlo! Yo lo atribuyo á simpatía, por lo cual acostumbro siempre á llevarle bombones.

—¡Ven!—me ha dicho; y me ha introducido en el comedor. No estaban los papás, pero sí el abuelo. Un anciano de ochenta años, retirado del ejército imperial. Un francés venerable, sepultado en un ancho sillón de cuero, vestido, como siempre, de levita, y luciendo en la ajada solapa el rojo botón de la *Legión de Honor*.

Pablito me ha permitido apenas rendir tributo á la cortesía, y en seguida ha llenado la mesa de juguetes. Primero ha sacado un rey mago; el pobre monarca había perdido la cabeza, ni más ni menos que Carlos I. A pesar del tremendo fracaso, ha sido saludado con palmoteos y risas. ¡Llor á la realeza! Después ha sido un automóvil el que se ha presentado á convertir el tablero en pista. Ha dado varias vueltas vertiginosas alrededor de S. M. Baltasar *Sans Tête*, el cual ha mirado todo aquello impasible. Era el pasado mirando friamente el presente. No de otro modo debió mirar la Esfinge el paso de las huestes napoleónicas.

—Acabarás por romperlo—ha dicho sentenciosamente el abuelo. Y era verdad. ¿En qué iba á acabar si no? Todo acaba en romperse, en deshacerse, en tornarse polvo. El automóvil no podía ser una excepción, á pesar de su señorita empinorotada y su *chauffeur* de gorra de ancha visera. El niño se ha reído como quien ve esas transfor-

maciones de lejos, y ha vuelto á dar cuerda al cochecito.

—Los niños de mi tiempo—ha murmurado el veterano—eran mucho menos inquietos. Además, en visita eran más formales. Se lo he dicho á su madre. Viven poco estos niños precoces.

Me acordé con horror de la frase de *Los hijos de Eduardo*. Y no tuve tiempo de reponerme, porque Pablito desenvainó un hermoso sable y se puso á blandirlo, con grave riesgo de mis bigotes.

—¿A quién vas á defender con ese sable?—le pregunté.

—¡A la República!

—¡Cállese usted, trastuelo!—interrumpió el liado en Sedán.

—¡Pues si no, al rey, ó al emperador, ó al zar de Rusia!—gritó el pequeño, subiéndose encima de mis pantalones.

No quise protestar. ¡Cuántos sables no habrá por el mundo iguales al de Pablito, dispuestos á defender las instituciones más opuestas, como la espada de José Prudhomme!

Pablo dió un grito y echó á correr. No se acordaba de lo mejor. Y lo mejor era una cruz de cottillón que se puso en el pecho, y una faja que ciñó á su cintura, y un palo con cabeza alazana sobre el cual venía caballero, y un gran bonete de papel, que le daba el aspecto de un cura de Flix. Era encantador.

—Dígame usted, amigo mío—me interrogó el anciano.—¿Comprende usted que gusten los niños de los juguetes? ¿No es esa una prueba de su inferioridad intelectual?

Asenti; pero no pude menos de mirar la decoración del viejo soldado y luego la otra del niño, ganada en lides menos incruentas. También

el abuelo tendría su sable y su faja, con borlones de oro, aquella faja colocada en el campo de batalla por todo un Bonaparte.

Después vino el teatro y presencié una función lindísima. Varios señorones, vestidos de sendas casacas, saltaban sostenidos por alambres. Las señoras estaban descotadas y todos bailaban una danza graciosa. Pablito era el autor, el actor y la orquesta. Bailaron los señores á más no poder. Era aquello unpequeño Trianon. Después vino la Fronda ó Mirabeau ó el diablo en forma de mano infantil y comenzó á derribar cortesanos que era una bendición. Yo aplaudí y me sentí conmovido. Hay algo que alegra y que conmueve en toda corte que se desploma.

—¡Los soldados! ¡Los soldados!

Aquello era lo bueno. Pablo tocó en el tambor una marcha acompasada y triste, pero marcial. Así debió sonar el tambor de la guardia. Después fué poniendo en la mesa los granaderos. Eran los restos de un poderoso ejército. ¡Pobrecillos! Todos, todos estaban lisiados, menos el coronel, que aun parecía alzarse en los estribos como apelando al heroísmo de los veteranos de Marengo.

—¡Honor á la virtud vencida!—dije; y me levanté.

\*  
\* \*

El pueblo es soberano cuando la civilización le redime; entretanto es esclavo ó es déspota. Mientras no siente el ansia de la verdad, por ancho que sea el horizonte, por dilatados y grandiosos que parezcan sus límites, las montañas, los bosques, los acantilados del mar, son para él redes de ergástula.

\*  
\* \*

En plena temporada taurina, vuelve el telégrafo á asombrarnos con las hazañas de los matadores mimados por el público. Una de las cosas que más me han llamado la atención en estos telegramas, es la noticia de haber cortado los toreros una oreja á su víctima. Un amigo mío, antropólogo, me ha explicado del modo siguiente tan extraña costumbre:

«— Por civilizado que sea un país—me ha dicho, —no puede vanagloriarse de no haber sido teatro de canibalismo durante muchos siglos; á la lucha debió seguir necesariamente la antropofagia. Es más: no pocas veces se luchaba para comer; el vencido debía saciar el apetito del vencedor y ser despedazado para el banquete fúnebre.

Pero ya es sabido de todos que los antropófagos han preferido como más sabrosas ciertas partes del cuerpo humano. Entre ellas están las palmas de las manos y las orejas.

Se mutilaba primero al vencido para aplacar el hambre, luego para hacerse propicios á los dioses (todo sacrificio, sin exceptuar uno, es un resto de antropofagia); por fin, para atestiguar la dominación. La frase tan repetida en nuestro teatro clásico: «¡Bribón, he de cortarte las orejas!», no es sino una demostración de que llegó en España hasta la edad moderna la mutilación de algunos órganos, de las orejas principalmente, como signo de dominación y de vencimiento.

Aun nuestro pueblo infama á las malas mujeres con el mote de *desorejadas*, y el *mojar la oreja* entre los bravucónes es, como resto de canibalismo, tan frecuente en Madrid y Cartagena como en Polinesia ó Taiti. Toda lesión en la oreja afrenta, desde el paternal estirón del pedagogo hasta la mordedura feroz de Turiddu.



El origen en el dialecto veneciano de la palabra *orechiotto* es explicado por la antropología italiana en este sentido. Lombroso, Garófalo, Ferreri, presentan estas mutilaciones como vestigios de las antiguas tendencias criminales.

Bien ajenos están los cazadores de alimañas de que, al cortar las orejas á su presa para alcanzar la recompensa ofrecida ó justificar simplemente una vanagloria, siguen un nuevo impulso atávico y evocan las sombras de sus progenitores con aquella regresión ancestral.

Algunas veces, el cortar orejas ha servido de signo de infamia, no sólo para los hombres, sino para ciertos animales domésticos. En ciertos pueblos se desorejaba á los asnos que conducían á los ajusticiados. Se creía que, de este modo, nadie querría poseer un animal cubierto de opróbio. Así, nada avergüenza tanto á ciertas gentes como la falta de una oreja; es un signo de servidumbre, para tapar el cual no parecen bastantes todos los tocados de Cleo.

Pudiera aducir muchos más datos para demostrar que el cortar las orejas á un animal muerto no es sino un residuo de nuestro primitivo estado guerrero, y aun que puede degenerar en tendencia morbosa, sobre todo si se relaciona con otros datos, como la herencia, el prognatismo, etc. Baste por hoy, para que usted conozca el sentido de la frase *ovación y oreja*, con que en los telegramas se da cuenta de las proezas de ciertos lidia-dores.»

Mi amigo el antropólogo me ha hecho un flaco servicio. Me ha dejado triste y turbado.—¡Ay!—me he dicho;—¡así son nuestras glorias! ¡Cuando creemos tocar las cimas de la inmortalidad y en la arena nos aclama el concurso, puede la punta

de una oreja recordar nuestra stirpe y resucitar á la fiera que, dentro de nosotros, ruge y se agita.

\* \*  
\* \*

El mayor enemigo del pueblo no es el rey, ni el inquisidor, ni el caudillo, ni siquiera el verdugo. Es el analfabeta.

\* \*  
\* \*

Eso de matarse y morir por los hijos; eso del amor de las madres, se me figura que viene á ser algo así... como la *querencia del cielo*.

\* \*  
\* \*

Un remedio al suicidio. Pero ¿cómo y por qué los hombres se matan? No es por miseria, puesto que también se matan los ricos; no es por impetuosidad, pues que también se suicidan los viejos; no puede ser por enfermedad, ya que asimismo ponen fin á su existencia los sanos. Los guerreros atestiguan que no es por miedo; los mártires que no es por soberbia. Se es suicida acaso por perturbación cerebral, porque un minúsculo y vagabundo coágulo ha bastado á ser rémora de la vida y del pensamiento, como el grano de arena que en la dolera bastó á estorbar la gloria y la felicidad del amante, menos apasionado que distraído.

Matarnos... ¿para qué? Nuestra vida ha de desprenderse en el infinito del tiempo como el fruto agostado de la palmera sobre la roja arena del oasis. Todo lentamente nos mata, y ante todo y sobre todo el amor. Nacimos para amar; esto es, para morir.

Pero ese amor que nos aniquila es el mayor obstáculo, el enemigo más formidable del suicidio. El amor más misericordioso ó más egoísta pide á los corazones enteros toda una vida; pero la va tomando lenta, callada, pausadamente. Si el infierno es un lugar donde no se ama, según afirmó la santa ó enferma doctora, los condenados realizarán el suicidio perpetuo. Para amar bien no basta dar la vida; hay que dar la constancia y la melancólica resignación de todas las horas.

Todos hemos pensado alguna vez en ese final trágico, en ese que Taine llama el postrer asilo que, pese á los poetas, carece de gallardía y sublimidad. Todos alguna vez hemos acariciado el culatín de un arma ó hemos pasado suavemente los dedos sobre el filo de una hoja acerada, sintiendo el escalofrío de un placer tan lúgubre como ignoto. Pero entonces no amábamos de veras ó sinceramente se nos figuraba no amar. El aroma de unos cabellos blondos, el ruido frufutante de unos vestidos perfumados, el calor de un brazo rosado en nuestro cuello, ha vuelto á hacernos placentera la vida. No hay ponzoña que no se evapore en la copa del arcipreste, bajo cuyos bordes danzan su ritmo anacreóntico los genios de la belleza y del placer intenso y sexual.

En las noches sombrías que todo hombre cuenta en sus crónicas secretos y nefastos, fijamos sobre el puño rendida la frente. Éramos ricos, y la fortuna nos arrebató sus discos de untuosos exergos; éramos artistas, y no acertamos á esculpir en el mármol ó en el papel los ensueños de nuestras grandezas; éramos fuertes, y la enfermedad vino á clavarnos en la inacción y el abatimiento. Entonces es cuando solemos interrogar las tinieblas, aplicando el oído para saber si hay

en la sombra una misteriosa y susurrante voz que nos llama, unos ojos para siempre cerrados que nos invitan á depositar en ellos un beso nupcial. Y todo parece que nos invita á la partida solemne; la marcha de los astros, el rumor de las frondas, la sensación de infinito misterio que nos acaricia las sienas y en el cual sólo puede abismarse el humano dolor.

Pero una voz se escucha. ¿No es ella? Si; no cabe duda. Tal vez no tiene cuerpo y es sólo un doloroso recuerdo ó una consoladora esperanza. Pero ella simboliza el eterno y augusto femenino. No podemos morir; es temprano. Aun no ha despuntado nuestra última aurora; es preciso amar.

Mujeres: por vosotras vivimos. No sólo nos concebisteis con dolor una vez; á cada momento nuestra alma se engendra en vosotras; á cada instante renacemos en vuestra adoración subyugante. No. Quien se mata no es desgraciado por ser suicida; lo es por haber perdido esa ilusión fermentada en hervores de vida, que hace buscar en vuestros brazos amantes las caricias y en vuestros trémulos y encendidos labios los besos.

\*  
\* \*

En esta lucha del espíritu contra la carne, no hay Coloseo. En el silencio, en la soledad, en la sombra, han de empuñarse y esgrimirse los gladios, han de apararse los escudos, han de darse y recibirse los golpes. Para el vencedor no habrá palmas ni vítores, sino, allá en la región ideal que en la mente dibuja, fermatas de luz. Para el vencido no habrá sino la noche, pero la noche sin aurora en que ya nada podrá ser salvo, en que las

águilas del casco saludarán tan sólo con sus roncocos graznidos al ángel rebelde.

\*  
\* \*

¿De qué modo llevar al teatro la agitación honda, el malestar extraño que gesta é incuba acaso, y sin acaso, la más brutal sacudida que han visto los siglos? No es nuestra burguesía, única que ya asiste á los coliseos, la más apta para percibir las sacudidas que preceden á ese gran alumbramiento social. Antes bien, quisiera olvidarlas, y así prefiere las emociones suaves, los serenos y graves episodios, los finales sin susto y sin lágrimas. Además, ¿quién es el osado capaz de llevar ciertos personajes y ciertos conflictos al proscenio?

Sí; somos fríos. Hubo un tiempo en que se des-poblaron las aulas y los duros y honrados bancos esperaron en vano la turba estudiantina, acuchillada bárbaramente en las calles por los sicarios del poder. Pero entonces la juventud luchaba por los fueros de la enseñanza, por los privilegios gloriosos de la que llamaba *alma madre*, luz central de verdad y de vida. Honrando á los varones austeros que con ella supieron comulgar en pensamiento y en conducta, desafiaba bulliciosa los desmanes odiosos de la fuerza. Unidos en una aspiración generosa, la libertad del aula y del paraninfo, profesores y alumnos representaban dignamente la fuerza nueva. Y bastó la protesta de un 10 de Abril para que al clamor de los escolares frente á los tercios ebrios, vacilara una dinastía y se iniciara un movimiento glorioso que asentó para siempre en España las conquistas de la Revolución.

Ahora, no. Ahora nace el motín por indisciplina

na contra las glorias de la cátedra y de la ciencia, enfrente de los hombres de honor y virtud. Surge por rebelión de los menos frente á los sabios que representan la cultura moderna. Por primera vez la agitación es entre escolares en provecho de los rancios prejuicios, de las afirmaciones dogmáticas, de las imposiciones gubernamentales.

¡Oh juventud, cuán lejos está, la que esto hace, del Pórtico y del Agora, de Salamanca y Alcalá de Henares, de Heidelberg y Maguncia y de Oxford y de la Sorbona.

\*  
\* \*

No sólo amor es ciego; lo es todo niño. Al pasar por el mundo, todos llevamos una linterna en la espalda que sólo alumbra la parte de camino que ya se recorrió. Más allá, delante de nosotros, la sombra se extiende. ¿En qué paraje, en qué recodo del camino debemos descansar ó rendirnos, triunfar ó morir? No lo vemos, y es mejor que así sea. Por eso nuestro paso es más firme y nuestra voluntad más segura. Un rayo de luz y habremos parado nuestra marcha, temerosos de caer en el abismo.

\*  
\* \*

Por grandes que sean los tormentos que nos procura el ser fecundos ó ser sabios, la maternidad es un bien que nunca se maldice y la sabiduría una majestad que jamás se abdica. Isis, al convertirse en diosa, no deja de ser madre. Fausto, al transformarse en mancebo, no se despoja de su saber. Por eso es desdichado, pero por eso es grande; y así, cuando deja la escena del mundo, ruegan por él Gretchen y Helena y, sobre los silen-

cios sublimes del espacio, se alza para demandar el perdón de sus culpas la voz del Eterno Femenino.

\*  
\*  
\*

—El año 2000—ha dicho el joven ingeniero, arrojando el lápiz sobre las revueltas cuartillas—no será el de Souvestre, ni el de Bellamy, ni el de Wells, ni el de todos los soñadores más ó menos cándidos que han querido dibujar el mañana dentro de la cuadrícula del hoy. No hay sino aplicar la ecuación del plano inclinado al progreso industrial para comprender á qué grado maravilloso habremos llegado en la trayectoria científica. Sea N la cantidad de experimentación adquirida; P la fuerza de impulsión de la investigación nueva y R la resistencia de los prejuicios, que viene á ser la frotación sobre la superficie del plano. Tendremos que  $N = P \coseno \text{ de } \alpha$ , menos...

Todos hemos quedado con la boca abierta, menos don Pio, quien ha lanzado una carcajada brutal. Al punto nos hemos estremecido, temiendo un arranque de irascibilidad en el ingeniero. Pero éste se ha contentado con variar de lenguaje.

—Dentro de noventa y cuatro años—ha dicho—no habrá distancias. A las velocidades de sesenta, de cien, de doscientos kilómetros por hora, habrán sucedido las de sesenta, cien, doscientas leguas inglesas por minuto. Resuelto el problema de la aviación eléctrica, el hombre tocará con la mano la ubicuidad. Recuerden ustedes la antigua galera acelerada, piensen en los modernos automóviles y recapaciten que nos falta entero casi un siglo de verdadera progresión por cociente. No habrá noche, porque habremos convertido el empuje sal-

vaje de las mareas, el desplome de las cataratas, el azote implacable del viento, el espasmo de los temblores sísmicos, el giro mismo del planeta, en luz brillante y esplendorosa que deslumbrará las pupilas de nuestros nietos. No existirá la ausencia, esa ausencia llorada en hexámetros y ponderada en doloras y rimas, porque la electricidad hará revivir á los muertos y parecer á los exilados con su voz, su figura y su propio ademán. No tendremos sirvientes, porque una rueda, un motor, un conmutador, una aguja imantada nos acercará los objetos, complicados por el prodigio, amaestrados por el cálculo, educados por el engranaje. No habremos menester ni coliseos ni bibliotecas, porque un alambre nos pondrá ante los ojos y los oídos las armonías más sublimes, los textos más recónditos, las más inaccesibles verdades. Y aun la industria no habrá dicho su postrera palabra, porque el verbo científico no habrá hecho sino comenzar á tender el vuelo para toda una eternidad...

—Acaso todo ello suceda como usted imagina—ha interrumpido con estoica flemma don Pio.—La experiencia ha sido la Egeria de todos los profetas, y la experiencia nos enseña que puede la industria hacer milagros. Pero con el mismo derecho con que usted ha inducido de los hechos presentes los portentos futuros, me atrevo á predecir que en el año 2000 ocurrirán no pocas cosas abominables. No sólo hay un plano inclinado para la industria; también le hay para su inseparable consorte la barbarie, la esclavitud, la miseria y la muerte. Es la misma ecuación invertida:  $N = P \coseno \text{ de } \alpha$ , más...

—¡Basta!—ha clamado el ingeniero iracundo.—¿Va usted á negarme el progreso?

—No niego el progreso industrial. Pero el otro... ¡ah! el otro todavía no se ha iniciado. Yo también pienso en el año 2000. Desde luego el trabajador, el obrero, el intelectual sin recursos, no disfrutará de los raudos sistemas de locomoción, de las luces esplendorosas y de las máquinas de recordar, oír y palpar verdades. ¿Disfruta hoy acaso de los automóviles, ni siquiera de los viejos vehículos? ¿Goza de las ventajas del teléfono, del fonógrafo y la telegrafía sin hilos? Para él sigue el mundo como en los tiempos de Epaminondas. Para él ni inventó sus telares Jacquard, ni sus presiones Fulton, ni Appert sus sabrosas y exquisitas conservas. Por sus escuelas no ha pasado la sombra de Pestalozzi; en sus viviendas no ha sonado aún la voz del primer higienista. No sólo su situación no es mejor, sino que empeora de día en día. Al esclavo se le alimentaba; al moderno trabajador de blusa ó de levita, se le exprime como á un limón y se le arroja luego al estercolero. El jornal más codiciado de todos no basta á pagar dos kilos de carne, ni siquiera un solo manjar de los que consumen los poderosos. La situación del pobre es hoy mil veces peor que ayer, diez mil veces peor que el siglo pasado, cien mil que el primero de nuestra era. Se ha adelantado en todo lo que no sirve para maldita de Dios la cosa. ¿Es el progreso? ¡Juguetes y no más que juguetes!

El cantor de las glorias del porvenir callaba, pero palidecía trémulo de sorpresa y de rabia.

—Sí, amigo mio, sí—segua don Pio;—el año 2000, el jornal de un braceró montará una peseta y el vaso de agua costará treinta céntimos y el de vino dos duros. El año 2000 habrá veinte mil miliardarios que irán por los aires atropellando buitres; pero miles de millones de seres huma-

nos dormirán en el fango sin hallar un pedazo de pan. El año 2000, esto es, dentro de noventa y cuatro inviernos, cuarenta mil mujeres y niños se reventarán día y noche para que en el cuarto de una cocota no falte el aroma llevado por el hilo de cobre con presión de mil voltios y la grata cadencia engendrada á cien leguas por el gran motor gigantesco que aprisionará entre sus ruedas los miembros tronchados de los parias futuros.

El ingeniero me ha mirado suplicante, casi lloroso. Era evidente que impetraba mi auxilio.

—Es posible—me he atrevido á decir—que hayan ustedes ambos retratado fielmente la evolución del progreso industrial hasta ahora. Representan ustedes, cada uno de su lado, la famosa antinomia de Enrique Georges. Pero creo que dentro de noventa y cuatro años no verán los hombres el año 2000.

—¡Cómo! ¿Qué dice usted?—han gritado ambos interlocutores.

—Dentro de noventa y cuatro años—he seguido impertérrito—habrá sucedido una de dos cosas: ó la ferocidad industrial habrá consumado el suicidio cósmico predicado por aquel socorrón de Schopenhauer, ó se habrá realizado en la historia una revolución tan grande, tan total, tan honda y decisiva, que aun no habrá llegado el año 2000; porque los hombres, en memoria de su redención, habrán vuelto á contar los años, comenzando otra vez por el 1.

\* \* \*

Todos los libros de moral parecen escritos de sobremesa.

\* \* \*